

**Concurso Anual Literario UCSF 2023 – Categoría B (Egresados y Personal de la UCSF)**

**Primer Premio: “Crónicas de un niño nadie” de Sofía Constanza Juárez**

**CRÓNICAS DE UN NIÑO NADIE**

*Dicen que a cada punto final le sigue siempre un nuevo punto de partida, pero ¿qué pasa cuando hay puntos suspendidos en el tiempo que no parten ni retornan, que se quedan anclados a una estación de tren sorda por el eco del silencio que no te nombra jamás?*

El 6 de febrero de 2007, cuando el reloj marcaba las 14hs de una siesta insoportablemente calurosa en la capital porteña, en el mismo instante en que algunos se acurrucaban entre paredes que se mantenían heladas por el vigor de una máquina, Leo respiraba por primera vez en el día su pipa de desolada magia en la estación de Constitución, aguardando la llegada del Tren Roca.

Hijo primogénito de un presidiario a quien la condena le robó el título de padre, y de una madre, víctima de una historia infeliz, amiga de lo ajeno, victimaria de su descendencia a quienes no pudo ofrecerles otro destino más que la calle. Leo, arrastrado por los pasos apresurados de las multitudes, se antepone a la vida con su metro cincuenta y sus apenas treinta y un kilos.

Otra mañana más en que su desayuno era el humo de su pipa, su único boleto a la vida desde que la inercia del anonimato lo mantenía marchito.

Once era la edad que tenía y dos fueron las veces que aspiró hasta que llegó su tren. Su cuerpo diminuto mostraba sin pudor la desnudez en sus huesos, los pómulos de un rostro joven, pero con ardua vida; los ojos

oscuros, saltones y tristes sobresalían de su cara y miraban de reojo y cabizbajos, como si su sola existencia fuese una desgracia del destino: *nadie*. El rostro de un *niño-nadie* de la calle, de nombre Leo, pero que nadie nombraba. Quizás, en esas circunstancias, el anonimato era mucho más liviano que ser el portavoz de una historia desdichada.

Recorría el vagón tocando un rap con un parlante a pilas que sonaba a chapa y ruido, a mucho ruido para tapar una vida sorda en silencios. Sus monotemáticas letras contaban la historia de alguien que anhelaba, dejando entrever que entre tanta inercia aún quedaba algo de fervor; quizás porque en el arte encontraba el punto exacto entre realidad y fantasía, su juego como forma de recrear aquello que ni siquiera fuese a existir para él, alguna vez.

Leo cantaba en sus letras el antónimo de su rostro; un rostro que desterraba toda existencia, que marchitaba el presente, que abandonaba el mundo a paso sigiloso. Pasaba la gorra taciturno, casi en puntitas de pie, como si deseara que nadie lo estuviera viendo, ya que si había algo que le resultaba más insoportable que existir, era el peso lacerante de la vergüenza ante la mirada ajena.

La pipa era su boleto a la vida porque, aunque existían muchas formas de vivir, para Leo sólo le era concedida una: la marginalidad. Paco era su amigo más íntimo y más fiel, aquél que lo cuidaba manteniéndolo en vilo, ante la amenaza inminente del hombre animal aquellas noches de frío y soledad en la estación de Constitución; frío que poco decía de la época del año en la que vivía, puesto que brotaba de la ausencia de humanidad.

Los días para Leo eran cortos y las noches duraban mucho más que quinientas. Paco y el rap de ese parlante golpeado por los avatares de un vivir marginal, creaban el refugio más cercano al calor de un hogar. Refugio construido en la misma estación desde la que partía en el tren cada

mañana, en busca de unas monedas que le permitiesen seguir teniendo cerca a su colega.

Paco era mucho más que compañía: era anestesia para el dolor que aquel salvaje vagabundo le provocaba cada vez que se adentraba bestialmente en su diminuto y pequeño cuerpo de *niño-adulto*, de *niño-nadie*; analgésico ante la fulminante muerte de la indiferencia; sedante ante la triste realidad que veía cada vez que levantaba la mirada: había otros niños alguien, *niños-niños*, con boletos de tren hacia los brazos amorosos de un *adulto-adulto*. Paco, que para muchos era pérdida, para Leo era la única forma de salir victorioso en la batalla del vivir.

Sin embargo, desde el otro lado del andén, aquellos podían señalar a Leo como el desperdicio de una sociedad, víctima del consumo del desperdicio de otras drogas. Las miradas de repulsión, de lástima, de indiferencia y el mundo paralelo que el rap y su amigo Paco le ofrecían, convivían en permanente lucha, confirmando el anonimato del *niño-nadie* llamado Leo. Un anonimato que se cobró el costo de nombrarlo chorro o ladrón, quitándole a Leo su refugio en el rap, porque al riesgo de ponerle nombre, le sigue, convertirlo en realidad.

Mientras el rap se le escurría de entre los dedos diminutos de sus manos, arrebatándole su único juego de *niño-niño*, lo ajeno se volvía una tentación, una ganancia asequible fruto de la desatención de otros. Paco no siempre acompañaba; más de una vez en su compañía, Leo se volvía torpe y poco ágil, una presa muy fácil de roer para ‘la yuta’, aquellos personajes que, un poco más audaces, hacían cumplir la ley a sus formas.

En oportunidades, la yuta había interceptado a Leo alejándolo algunos días de su amigo. Esos días, se perdía en una nube negra, desconocía hasta su nombre, era invadido por una fuerza ansiosa, paranoide y severamente devoradora.

No obstante, cuando caía en libertad, la estación de tren y Paco seguían siendo su refugio. Se había acostumbrado a la vida aletargada en compañía de su pipa; a la soledad compartida de otros *nadies*; a los arrebatos a su cuerpo cada vez más diminuto porque eran, para él, la única forma de sentir que era útil para algo, pero, sobre todo, para alguien; a la violencia que emanaba de los poros de un *ser indiferente*, que se cuece ahí: en la nada, el vacío, el anonimato.

Leo ya no usaba a Paco como su refugio, cada día que pasaba lo necesitaba con vehemencia cruel; cada día que pasaba, las promesas de sus rimas de rap perecían frente al humo de su pipa.

De su figura de *niño-nadie* quedaba poco. Augurios premonitorios de que ya ni siquiera era: *¿quién sos cuando nadie te ve?*

Leo ya no recorría la estación, ni tomaba el tren; simplemente ocupaba un espacio atemporal, inerte, mudo, sordo y ciego: *marginal*.

Una mañana de agosto del 2007, un paro cardiorrespiratorio le quitó la vida a Leo con su pipa amiga en la mano. Se la quitó por segunda vez y sin tregua.

*Dicen que a cada punto final le sigue siempre un nuevo punto de partida, pero ¿qué pasa cuando hay puntos suspendidos en el tiempo que no parten ni retornan, que se quedan anclados a la promesa de ser un niño-niño en una estación de tren sorda por el eco del silencio que no lo nombrará jamás?*